

# Editorial

---

## ¿La paz se nos escurrió entre los dedos? Entre la pospandemia y el posacuerdo en Colombia

En este año 2022 se elegirá a la persona que asumirá la presidencia de Colombia, quien liderará, junto con senadores y representantes a la cámara que integran el Congreso de la República, el proseguir del país durante los siguientes cuatro años. El 2022 significa entonces el fin del gobierno de Iván Duque, mandatario que asumió dos de los retos más importantes que ha tenido el país en su historia reciente: por un lado, el manejo nacional de la pandemia del Covid-19, y por el otro el cumplimiento de los Acuerdos de Paz firmados ya hace más de un lustro (2016) entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las en ese entonces FARC- EP.

Si bien diferentes canales de información ya han hecho públicos los resultados de encuestas sobre la desaprobación ciudadana del mandato de Duque, índices que han continuado bajando hasta hoy llegar a un 71% de rechazo hacia su figura, el conjunto de medios de comunicación tradicional insiste en que hay en el país ambigüedad de opinión respecto a la gestión realizada por la presidencia en los últimos años. Algunos aún señalan una buena gestión por parte del presidente de la República, toda vez que es bien conocida, dicen, la polarización política sobre la cual se mece Colombia ya desde hace años. Al respecto conviene señalar que cuando se habla de la buena gestión del gobierno nacional se suele referir al direccionamiento que se dio a la pandemia desde la Casa de Nariño; un manejo de opinión particularmente atado a las más recientes evaluaciones internacionales sobre el tema pero que deja a un lado aquel otro reto: el de lograr la paz.

En los primeros días de febrero de este año, que para muchos está significando el retorno a una presencialidad y la normalización de la situación del país (siempre entre unas más que evidentes comillas), Colombia reporta casi seis millones de casos registrados de Covid-19, de los cuales 5.700.000 representan a pacientes recuperados, 60.500 casos activos y cerca de 135.300 fallecidos desde aquel primer caso en el año 2020. Así, completando más de 360 días de vacunación y cerca de 74 millones de dosis aplicadas, y aunque con la nueva variante del Covid-19 se estén presentando altas en las cifras de contagios, las muertes por la enfermedad siguen bajando: el fin de la guerra contra la nueva enfermedad puede estar cerca.

Puede entonces pensarse en el liderazgo de un gobierno que afrontó de manera certera una pandemia mundial, cosa que no sucedía hace más de un siglo,

pero esto puede ser una conclusión que omita tantísimos hechos ocurridos en el país que sentenciarlo podría incluso ser fruto de una obnubilación más bien peligrosa. Que nadie olvide los trapos rojos colgados en las puertas y ventanas de los hogares que se quedaban sin comida en medio de la cuarentena en el país; y que tampoco se olviden las querellas políticas que obligaron al pueblo colombiano a salir a las calles en son de protesta contra el gobierno nacional aun cuando era evidentemente inseguro hacerlo pues la vacunación apenas y estaba arrancando, mucho menos cuando la mismísima Comisión Interamericana de Derechos Humanos responsabilizó al Estado colombiano de decenas de muertes y desapariciones en el marco de estas movilizaciones. Esto último por solo nombrar un par de hechos entre otros mucho menos relevantes, pero igual de inquietantes, como aquel programa televisivo en donde diariamente fue perdiendo relevancia la voz presidencial durante la pandemia.

Si el descenso en el número de muertes ocasionadas por el Covid-19 puede estar señalando el fin de una guerra sanitaria, el nuevo crecimiento en el número de decesos y damnificados por la violencia ha venido señalando el reavivamiento del conflicto armado en el país. Si, como lo dicen columnistas y analistas de coyuntura, Duque destruyó el camino que el país había recorrido en la construcción de paz al optar por la ambigüedad política respecto al cumplimiento de lo pactado o la reformulación del acuerdo, tal gestión será juzgada por la historia. No hay duda de ello: el juicio histórico siempre llega. Lo cierto es que su gobierno deja una Colombia que nuevamente encuentra en auge la violencia armada: las masacres, desplazamientos, atentados, enfrentamientos y por su puesto la Nueva Marquetalia son prueba de ello. Es pues una gestión que permitió el resurgimiento de aquel fantasma de la violencia maldita como justificación a una política nacional que necesita de un enemigo y el miedo para existir. Es como si la paz se nos hubiese escurrido entre los dedos.

Esta edición de Ciudad Paz-ando se desarrolla y publica en un escenario político y social muy particular por el cual está pasando Colombia: un país que progresivamente vuelve a la normalidad tras dos periodos atípicos. El primero es la pandemia y todo lo que esto ha significado para para la humanidad, y el segundo, un camino que necesariamente hay que retomar, el de

la paz nacional. Habrá que ser un país obstinado y no aceptar la idea de que la paz se nos escapó y si es necesario construir nuevamente la oportunidad para avanzar al anhelado sueño; por nuestro lado, haciendo caso omiso a los determinismos de una historia fatalista, hoy como lo fue hace cuatro, seis o diez años y lo será en el futuro cercano del país, pensar e investigar sobre la paz en Colombia es una de las tareas más urgentes de la academia nacional.

### **¿Qué ofrece la edición 15.1 de la Revista Ciudad Paz-ando?**

Tras identificar un incremento en el interés académico sobre los estudios de paz en Colombia luego de los Acuerdos (2016), Delio Ruiz Salgado abre la sección Dossier de este fascículo con un análisis bibliométrico de la producción científica luego de la firma de aquel hito histórico. Posteriormente se encuentra el trabajo de Diego Mauricio Rodríguez, quien abordó, a manera de cartografía, diferentes matices de la memoria insertos en los espacios, usos, objetos y prácticas cotidianas de los habitantes de la zona rural de Ciudad Bolívar.

Erica Elexandra Areiza, por su parte, comparte una investigación narrativa autobiográfica que abordó las vulneraciones de una población escolar a causa de las conflictividades urbanas en la Comuna 13 de Medellín. A renglón seguido, Luis Alfonso Aya aborda la identidad campesina como objeto narrativo de investigación a partir de un estudio de caso en el sector de Mochuelo en Ciudad Bolívar (Bogotá).

En el siguiente artículo, John Jairo Uribe y Astrid Bibiana Rodríguez interrogan las percepciones que tienen un grupo de madres de familia en Bogotá sobre el Acuerdo de Paz firmado en la Habana, con la intención de evidenciar las tensiones que se tejen entre la estatalidad y la cotidianidad del hogar alrededor de este hecho histórico. Cerrando la sección central de esta edición, Rober Fernando Buitrago presenta un estado del arte de la investigación científica sobre la educación para la reintegración de actores armados,

particularmente de los trabajos que han venido apareciendo en tiempos recientes en Colombia en el marco de la reintegración de excombatientes a la vida civil.

Ya en la sección Pensando Regiones, Myriam Fernanda Torres y María Camila Arias analizan las estrategias que, enmarcadas en la cotidianidad, han venido implementando algunas familias en Doradal - Antioquia como mecanismo de resistencia a las violencias devenidas de la presencia paramilitar en la zona. Por otro lado, la sección Voces Otras presenta el trabajo de Diógenes Lagos, Ciro Alberto Gómez y Charles Alberto Muller, quienes a través de un estudio cuantitativo sobre resultados de conciliación extrajudicial para el periodo 2007-2013, proponen la conciliación obligatoria como un camino posible para la resolución de conflictos en Colombia.

Esta primera edición del 2022 finaliza con una reseña del trabajo de Amy Kaufman y Paul Sturtevant "The Devil's Historians: How Modern Extremists Abuse the Medieval Past" realizada por Adrián Serna Dimas. Una obra que habla acerca de los usos sociales y políticos que, a través del tiempo y en usanza de diferentes métodos, se le ha venido dando a la imagen misma de la Edad Media en el mundo occidental.

Agradecemos a todos nuestros autores, evaluadores y lectores, como también a los miembros del Comité Científico y Editorial de Ciudad Paz-ando, quienes hacen posible esta publicación semestral a través de su interés, apoyo y esfuerzo. Desde nuestro lugar particular de acción y en la medida en la que nos es posible, esperamos que esta nueva edición de la Revista siga aportando a la reflexión e investigación sobre la paz colombiana, toda vez que el avance en la lucha contra el Covid-19 hoy permite de nuevo posar los ojos sobre la realidad del país.

JEFFERSON ARLEY DÍAZ MESA  
EDITOR